

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

Sócrates y el socratismo, por Antonio Gómez Robledo. Publicaciones de *Diánoia*, Centro de Estudios Filológicos; Fondo de Cultura Económica, México, 1966.

Uno de nuestros talentos más seriamente dedicados a la reflexión filosófica y mejor preparados para ella, sobre todo en lo que se refiere al pensamiento griego, ha escrito un hermoso libro sobre la persona y personalidad de Sócrates, sobre su actitud ético-político-religiosa, en muchos aspectos incomprensible, y sobre sus profundas, innovadoras y sublimes enseñanzas. Es en verdad un libro hermoso, no sólo por la forma y el estilo, sino por la presencia de íntimas emociones y noble entusiasmo, que el autor experimenta y manifiesta hacia la belleza interior de Sócrates —escondida por la relativa deformidad exterior—, la cual engendraba irresistible atracción aun en los más altos exponentes griegos de apostura corporal, como Alcibiades. En algunas líneas del prólogo el Dr. Antonio Gómez Robledo nos recuerda la juvenil y poderosa atracción que sintió por las maravillosas ideas del feo Sileno, presentadas en los diálogos platónicos y leídas por él en aquellas inolvidables ediciones vasconcelianas, entonces divulgadoras únicas del mensaje conjunto, y con frecuencia indivisible, de Sócrates y Platón.

Considero muy importante señalar el aspecto de lo personal en el objeto descrito y en el sujeto que describe, tanto porque el autor lo hace al caracterizar los motivos y la estructura de su trabajo, como porque ahí se encuentra la explicación de posibles limitaciones o ausencias en el tratamiento, método y enfoque de los temas contenidos. Según sus palabras, el autor desea simplemen-

te ofrecer otro retrato de Sócrates, una nueva imagen amorosamente trazada de aquel ser querido y admirado, sobre el cual ya muchos otros aplicaron su pluma. Para ello reunió no sólo los rasgos esenciales ofrecidos por las fuentes primarias, sino también los detalles, contornos y precisiones aportados por comentaristas y filólogos. Sin duda, es un retrato no tanto de los rasgos psico-físicos y de los hechos, sino también de las ideas y actitudes. Considérense a este respecto las sentidas palabras del principio del capítulo IV: "... todo aquel que, cautivado por la personalidad de Sócrates, sintió alguna vez la necesidad de expresar lo que sobre él sentía, no puede sustraerse a la necesidad de consignar honestamente, hasta el fin, cuál es su parecer, por la poca o mucha información que haya podido allegarse; y cuando más no pudiere, declarar su emoción ante documentos tan sublimes como la *Apología* platónica, con la sencillez y el derecho de cualquier espectador ante la obra maestra en el arte o en la filosofía" (p. 92).

La consideración anterior nos lleva a inquirir un poco sobre la naturaleza de la obra. A mí no me parece ociosa la pregunta, porque alguien podría esperar de este estudio una cosa que no es ni promete ser. Se trata, a mi juicio, de una *descripción* y *contemplación* de rasgos y hechos, de actitudes e ideas, como dije, que constituyen la imagen cabal del maestro por antonomasia del filosofar y de la reflexión y búsqueda filosóficas. No es propósito central de la obra la *exposición* y *discusión* de las ideas o los principios filosóficos, al menos metódicos, de Sócrates, ni su posible profundización sistemática. Tampoco se plantea a fondo y directamente el decisivo problema de la distinción entre lo socrático y lo platónico, por

más que se hagan precisiones necesarias en diversos momentos. Quizá resultaría exacto caracterizar la presencia y función de las ideas o doctrinas socráticas en esta obra *como marco o punto de referencia*, necesario sin duda por la íntima unión entre doctrina y vida, unión que en Sócrates, como en Jesús, según dice el autor, tuvo la suprema confirmación de la entrega y sacrificio de la primera por la segunda. Pero, haciendo a un lado nuestras consideraciones, veamos más bien cómo el autor mismo nos explica el estado de la cuestión y funda en razones su proceder: "Sin dificultad —dice— habrá notado el lector, en todo el curso de este ensayo, cómo hemos hecho caso omiso, o poco menos, de aquello sobre lo que otros autores suelen disertar tan prolijamente, que es la llamada 'doctrina' o 'filosofía' de Sócrates. No tenemos inconveniente, por supuesto, en admitir, sobre la base del testimonio de Aristóteles, corroborado por todos los diálogos platónicos, que Sócrates pudo haber sido, si se quiere, el descubridor de los conceptos universales, y no porque lo hubiese declarado así él mismo, sino por el simple hecho de obligar indefectiblemente a su interlocutor a remontarse a esta generalidad conceptual en la discusión de cualquier asunto. Pero con todo su inmenso rendimiento en la historia de la filosofía, no hay allí una doctrina filosófica propiamente dicha (del mismo modo que la lógica no es aún la filosofía, sino apenas su 'órgano' o instrumento), y si la hubiere, sería la única que con certeza podríamos adscribir a Sócrates" (p. 80). Y termina declarando esto: "Quitémonos de la cabeza, de una vez por todas, la idea de que por ello desmerezca en algo la dignidad de Sócrates y su papel en la historia. Sócrates vale, una vez más, por su personalidad y por sus actos, antes que por la emisión de estos o aquellos *philosophemata*;..." (p. 81).

Desde este mismo punto de vista debe enfocarse, creo yo, la segunda parte del

título del libro: el *socratismo*. En más de una ocasión, pero explícitamente en el capítulo final, el autor aclara que este tema es tratado muy sumariamente, pues el estudio completo de las influencias socráticas abarcaría la historia entera del pensamiento occidental. En efecto, basta observar que el último capítulo, dedicado expresamente al tema, comprende sólo 9 páginas de las 204 en que se desarrolla el libro. Es fácil, pues, ver que aun por este lado no se trata de una exposición histórico-doctrinal, y que el capítulo aludido sólo tiene por misión cumplir la promesa del título. Sin él, la obra debería llamarse, a mi parecer, más o menos así: *Sócrates. Acción, enseñanza y ejemplo*. Y aun con él, pareceríame más adecuado al contenido general de la obra un título sin la segunda parte.

Otro tema con aspecto doctrinal que se trata en varios puntos de la obra, pero también, a mi parecer, como marco de referencia, es el relativo al racionalismo de Sócrates. Sin embargo, si considero muy importante destacar la valiosa precisión de Gómez Robledo en el sentido de que tal *racionalismo*, en cuanto se lo pretende como posición radical y característica, definitoria de su pensamiento, es más bien aparente; y para comprobación de ello el autor señala en varios pasajes los actos y las palabras de Sócrates opuestas a esa actitud. Leamos la sólida argumentación sobre el punto capital, el concepto de "razón" en Sócrates: "...Lo último que queremos poner en claro, como preludeo a lo que en el siguiente capítulo diremos sobre el supuesto y tan debatido racionalismo de Sócrates, es que por ser el conocimiento —por lo menos el conocimiento moral— un verdadero fruto vital del espíritu humano, no puede decirse que en él intervenga la pura razón especulativa, en el sentido en que éste término se entiende tanto en Kant como en Aristóteles. De este último precisamente proviene la imputación que desde entonces se le ha hecho a Sócrates

tes, de que la virtud se identifica con la razón, y de que no puede obrarse el mal sino por ignorancia. Pero los mejores intérpretes modernos nos hacen parar mientes en que la 'razón' de que hablaba Sócrates no era la facultad de aprehensión pura y descarnada del objeto, sino la *phrónesis*, este término intraducible que designa conjuntamente la percepción intelectual y la vivencia amorosa. Quien, en efecto, sienta y ame el bien así, 'con toda su alma', como dirá Platón, no puede obrar el mal" (página 87).

La obra que se reseña aquí, pues, es más filológico-histórica que filológico-filosófica. Y hay que añadir con todo derecho, filológico-crítica. Por una parte, en efecto, tiene las características de un sólido trabajo basado principalmente en las fuentes, sin ninguna duda en la lengua original (otros estudios del autor y sus traducciones de Aristóteles lo confirman), y secundariamente en una enorme literatura, cuya amplitud habría podido verse con facilidad, si la edición hubiera sido provista de un índice de autores. Naturalmente no podrían faltar las obras fundamentales al respecto de Taylor, Maier, Piat, Zeller, Magalhães-Vilhena, Tovar, Mondolfo, Gigon, etc., así como los valiosísimos comentarios de Burnet a los diálogos "socráticos" de Platón. Por otra parte, el conocimiento y profundización de las fuentes justifican al autor en varios momentos no sólo para separarse de interpretaciones tradicionales, sino para refutar puntos de vista recibidos desde antiguo y sustituirlos por otros más verosímiles. En esto puede considerarse presente el recio espíritu crítico de la filología moderna —la cual, es cierto, en casos va demasiado lejos, como lo señala nuestro autor precisamente acerca de un ilustre filólogo moderno, Olof Gigon, quien considera todo lo referente a Sócrates como pura poesía.

Sin embargo, a propósito de la sólida estructura filológica, que confiere tanta verdad o verosimilitud, en forma y fon-

do, a la reconstrucción del pasado, debo expresar sincera y atentamente que mi impresión general, al concluir la lectura del libro, es que los autores que sirvieron de inspiración u ofrecieron la pauta para la configuración de la obra están demasiado presentes —o sea que el autor recurre a su testimonio con tanta frecuencia para mayor apoyo de sus propios puntos de vista. Personalmente me habría agradado más ver al autor moverse con menos apoyos, digamos externos, y manejar más, directa y profundamente, los internos, para lo cual talento, maestría y preparación en manera alguna faltan a don Antonio Gómez Robledo.

Mas pasemos a considerar la obra misma.

El primer capítulo podría llamarse también: Sobre la existencia misma de Sócrates y la autenticidad de sus acciones y enseñanzas. El estudio de las fuentes socráticas me parece bien redondeado, y reducido justamente a los autores esenciales. Considero atractivo e interesante para el lector asomarlo a los vaivenes experimentados a través de la historia por la estimación y valía atribuida ora a uno ora a otro de los intérpretes, como la mejor y hasta la única fuente para el conocimiento del verdadero Sócrates. Frente a los resultados actuales de la crítica al respecto coincido gustosamente con la equilibrada posición del autor, que justiprecia las aportaciones posibles de cada uno, máxima por ejemplo en Platón, y mínima en Aristófanes.

En el segundo capítulo Gómez Robledo traza maravillado una visión espléndida de la Atenas de Pericles, destacando la culminación gloriosa de la cultura y la sabiduría, pero sin olvidar las sombras de los horrores de la Guerra del Peloponeso, de la "barbarie" —de los griegos mismos—, la injusticia y la tiranía. Es muy cierto que la permanencia constante de Sócrates en Atenas, su amor por ella y su actuación siempre conforme con sus necesidades, sucesos y leyes, ex-

plican por qué es necesario exponer la circunstancia social, política, geográfica, intelectual, etc., en que transcurrió su vida. Sin embargo, sí creo, como lo admite el autor mismo, que hay algunas digresiones que habría sido mejor omitir. Por el contrario, me parece acertada y justa la rehabilitación, al menos parcial, de la Sofística, no sólo por el acto en sí de reconocer méritos o valores donde los haya, sino por la precisión del posible aspecto "sofístico" en Sócrates.

Los capítulos III y V son los centrales y esenciales de la obra. Se podría glosar el contenido como: *Vida, pasión y muerte*, implicando sin duda una respetuosa comparación.

Acerca de la vida de Sócrates, Gómez Robledo expone tres aspectos: el *primero*, la sencillez y normalidad de su forma de vida, razón por la cual quizá se sabe tan poco de ella; se exceptúa naturalmente su extraordinaria actuación en varias batallas, así como en otras tareas públicas. El *segundo*, la profundamente sentida y magníficamente dicha etopeya de Sócrates, puesta por Platón en labios de Alcibiades, destacando dentro de la imagen del Sileno el contraste entre la insondable belleza interior y la desproporción corporal. El *tercero*, la auténtica labor y la verdadera aportación filosófica de Sócrates, que no pertenecen al campo teórico, sino al práctico: aquí explica el autor cómo Sócrates, basado en el axioma —llamémoslo así— del saber del no saber, nunca pretendió ser autor de ninguna idea ni sentar ningún principio filosófico, sino que solamente ejercía el arte de la mayéutica, es decir, sólo enseñaba a filosofar, se ocupaba principalmente de la formación de filósofos y del nacimiento de la filosofía. Lo expuesto en ese párrafo da pie al autor para justificar que su obra no sea una exposición de la "doctrina" o "filosofía" de Sócrates, un trabajo abstracto o teórico, pues fundamentalmente no tuvo ni una ni otra, por más que su tarea hubiera tenido que partir de supuestos doctrinales implícitos.

Acerca del proceso contra Sócrates —lo único donde quizá podría encontrarse algo de "pasión" (sufrimiento)— Gómez Robledo describe en primer lugar las circunstancias y hechos que lo posibilitaron y analiza los puntos esenciales del aspecto jurídico. En seguida estudia las fuentes, es decir, las *Apolo-gías* de Jenofonte y la *Apología* platónica, repasando el contenido de las dos primeras, señalando el valor que les cabe como fuentes, y atribuyendo el más alto valor, absolutamente, a la obra extraordinaria de Platón, cuyo contenido será la base fundamental de lo que exponga en los párrafos centrales de ese capítulo (IV). El *primero* de éstos deslinda histórica y doctrinalmente las "dos" acusaciones ("dos grupos de acusadores") de que habla Sócrates en su defensa, poniendo en relación dichos acusadores ausentes y en general anónimos —excepto Aristófanes en las *Nubes*— con los presentes: Anito, Melito y Licón. El *segundo* párrafo aborda la difícilísima y quizá insoluble cuestión de la naturaleza del *daimon* socrático frente a los *daímones* griegos en general, demostrando con bases sólidas que no se trata de un ente concreto, sino de una voz interior o señal divina, cuya última precisión o interpretación (fenómenos patológicos, conciencia moral, providencia divina) no puede darse satisfactoriamente. El *tercer* párrafo presenta el carácter esencial de la vida entera de Sócrates: su misión divina; Gómez Robledo contrasta aquí la relativa debilidad de la defensa de Sócrates sobre otros puntos con la fuerza y decisión en éste. "Donde, en cambio —dice—, es Sócrates de una elocuencia convincente, es cuando se presenta sencillamente a sí mismo su conducta como hombre y como ciudadano, y la razón de ser del género de vida que ha abrazado" (p. 125). Con fundamento en la explicación misma de Sócrates —sin arrogancia, pero con entereza— de por qué el Oráculo de Delfos lo consideró el más sabio de los hombres, y tomando en cuenta lo que

significó para él “el más divino de los preceptos delfícos, el ‘conócete a ti mismo’”, señala el autor cómo Sócrates manifestó frente a todo y frente a todos, que cuanto hacía, lo hacía por obedecer a Dios, a cuyo mandato atendería siempre por sobre cualquier otra orden humana que se opusiera a aquél, desafiando la misma muerte. ¿Y cuál es esa misión? El cuidado del alma, el fomentar la virtud, el hacer reinar la justicia. El último de estos párrafos “doctrinales” se ocupa en señalar el carácter fundamentalmente apolíneo del espíritu de Sócrates, sin negar, frente a todos los que exageran su oposición a lo dionisiaco (Nietzsche), cómo persisten elementos oscuros de gran trascendencia, como, por ejemplo, el acatamiento de la voz de su demonio interior. Y el capítulo termina con lo que el autor llama la *catástrofe*, es decir, la doble votación contraria a Sócrates, la de la culpabilidad y la de la clase de pena: la muerte.

Acerca de la muerte de Sócrates, Gómez Robledo desarrolla dos momentos: uno, el intervalo entre la imposición de la sentencia y la aplicación de la pena (que por razones religiosas no fue ejecutada de inmediato), a cuyos últimos días se refiere el *Critón*; otro, las horas postreras y muerte, que relata el *Fedón*. Siguiendo fundamentalmente el primer diálogo, el autor discute el problema que se le plantea a Sócrates con los consejos y aun admoniciones de sus amigos para que recurra a la fuga y evite de ese modo el cumplimiento sobre sí de una sentencia injusta. Expone luego la serena, íntimamente convencida y teóricamente fundada respuesta de Sócrates, señalando las bases ético-jurídicas de su posición y las concepciones actuales al respecto. Por lo que toca al segundo momento, el contenido doctrinal del *Fedón* vuelve a traer, una vez más, seriamente el problema de la distinción entre lo socrático y lo platónico, pues, como dice Gómez Robledo exponiendo el punto de vista de León Robin, “es bien diferente el Sócrates de este diálogo, que diserta

largamente sobre el ser y el devenir y tantas cosas más, del Sócrates de la *Apología*, cuya única profesión de saber es el no saber” (p. 148). Dejando abierta la posibilidad de que Sócrates haya sostenido, al menos como convicciones íntimas, las ideas que Platón pone en sus labios, Gómez Robledo reexpone sustancialmente las disquisiciones socráticas sobre la inmortalidad del alma, sobre no temer a la muerte ni considerarla como un mal, y repasa con emoción los últimos hechos y circunstancias de la vida de Sócrates.

La comparación establecida en el penúltimo capítulo debe considerarse, a mi modo de ver, como lo más natural —además de conveniente y necesario, por la unidad de lo humano, en tal aspecto— para quien conozca, aun sumariamente, las vidas de ambos modelos de la humanidad. Sin embargo, los “prenotandos” del autor parecen oportunos para quienes toda comparación carece de sentido. El capítulo tiene primeramente un breve recorrido histórico a través de la Patrística, la Edad Media y la Ilustración, donde se señalan sobre todo las opiniones encontradas de quienes aceptan o rechazan el parangón y las oscilaciones entre quienes lo hacen en favor de Sócrates o de Jesús. Después se consideran tres puntos claves para la comparación: *misión*, *enseñanza* (moral) y *muerte*. Es indudable que Gómez Robledo conoce a fondo, como muy pocos, a ambos maestros. Por lo tanto, la precisión que hace de las semejanzas y diferencias en dichos puntos es, a mi modo de ver, esencialmente inobjetable. Además, creo haber advertido con claridad que la condición de cristiano del autor no ha influido indebidamente en sus apreciaciones, por más que señale, como católico creyente, la verdad dogmática de la divinidad de Cristo. Quien conozca en esencia —y sin prejuicios— las enseñanzas evangélicas de Jesús y las doctrinas platónicas de Sócrates no podrá menos de suscribir el juicio de Gómez Robledo sobre las diferencias, es decir, la

mayor sublimidad, perfección, plenitud y acabamiento de lo hecho y enseñado por Jesús. Habrá sin duda detalles y matices en que se pueda disentir, pero el juicio básico no cambiará. Acerca de la apreciación de la muerte de Sócrates sí quiero hacer el reparo siguiente: tengo la impresión de que se ha desvanecido bastante el dramatismo y la tensión que en algunos hechos y ciertas palabras se dejan traslucir, así como el sentido interno de la injusticia radical cometida contra Sócrates, cosa ésta de la que él siempre tuvo conciencia y la que sobrellevó "estoica" y ejemplarmente —o es quizá que el extremo indecible de los horrores y afrentas cometidas contra Jesús producen aquella perspectiva.

Lo dicho sobre este libro de nuestro filósofo Antonio Gómez Robledo, ahora dedicado con tanto fruto al pensamiento griego —prueba son sus cursos recientes en El Colegio Nacional—, es sólo una reseña somera de los valores que encierra en forma y fondo. Y no considero en manera alguna desacierto el que haya compuesto una obra concretamente objetiva, proporcionalmente filológica, histórica y filosófica, dirigida más al corazón y a la voluntad de espíritus deseosos de saber, pues otro tipo de obras, más para el especialista, abundan en lenguas accesibles a éste, siendo en español muy escasa una literatura semejante.

BERNABÉ NAVARRO B.

Aristoteles. Darstellung und Interpretation seines Denkens, por Inge-
mar Düring. Heidelberg, Carl Win-
ter Universitätsverlag, 1966.

Sobre muy pocos filósofos, quizá sobre ninguno, se han presentado a través de la historia los graves problemas de fondo y de forma que han surgido en torno a Aristóteles. En general se dice y admite que los grandes pensadores contie-

nen elementos o semillas para tendencias y doctrinas encontradas, opuestas —por ejemplo, sobre todo un Kant, un Descartes, un Leibniz, un Hegel, etc.— (quizá la gran excepción sería Platón); pero el caso de Aristóteles reviste caracteres singularísimos. Es posible que la clave de todo el problema esté en las circunstancias formales o externas. Si dejamos aparte a los presocráticos —cuya dificultad principal es la fragmentariedad y la insuficiencia de puntos de partida—, no existe legado de un filósofo o pensador, cuyo conocimiento e interpretación haya producido, especialmente en nuestro tiempo, tantos dolores de cabeza a filósofos y filólogos. Todo estudiante ha oído lo que se narra sobre los sucesos y peripecias, en general más bien fantásticos, verificados en la trasmisión de los escritos aristotélicos. Y también cualquier estudioso sabe acerca de la estructura o composición de las llamadas "obras" de Aristóteles: los diversos estratos o capas, las diferentes épocas, los distintos enfoques o intereses, las varias influencias, los diversos estilos y redacciones, etc. Pasando al problema del fondo, son bien conocidas las divergentes interpretaciones no sólo sobre puntos fundamentales de su doctrina, sino sobre el sentido y orientación mismos de su pensamiento. Pero, además, aquello que aparece normalmente considerando las doctrinas por decirlo así en forma estática, sobresale de manera notable atendiendo al carácter evolutivo de toda acción y de todo producto en el tiempo: de aquí el gran tema de la evolución en el pensamiento aristotélico, puesto en el tapete de la discusión sobre todo por Jaeger al principio del siglo. La procedencia, asimismo, plantea dificultades especiales: en efecto, precisar completamente las relaciones de Aristóteles con Platón parece ser una tarea infinita, pues las obras no ofrecen datos profundos suficientes y la genialidad diversa de ambos obstaculiza la claridad —el problema paralelo entre Pla-